

Ruperto de terror (La gran aventura)

Roy Berocay

loqueleg

El regreso del sapo Ruperto

Hacía ya mucho tiempo desde que el sapo Ruperto, el más famoso detective del arroyo Solís Chico, tuviera un caso. Pero si alguien se asomara por un agujero de su cueva-oficina, no pensaría nunca que el sapo estaba preocupado por eso. Al contrario, el muy atorrate... es decir, nuestro héroe, dormía como un chanco, si es que los chanchos duermen mucho, cosa sobre la cual no tengo la menor idea. Creo que una sola vez en mi vida vi un chanco y no parecía muy feliz acostado en una parrilla.

Pero digamos que Ruperto dormía como un chanco porque suena bien. Sin embargo, tirado en su cama armada con gomas de borrar usadas, el verde sujeto ignoraba que muy pronto se metería en nuevos problemas y que esta vez quizá no contaría el cuento. O sí, porque sin sapo, no habría cuento que contar y la historia se terminaría enseguida, lo que enojaría mucho a los padres que gastaron plata en este libro, ¿no?



Bueno, volvamos al asunto que nos preocupa. Mientras Ruperto dormía como un, como un... bueno... ¡ya saben!, no muy lejos de allí sucedían cosas extraordinarias: por las noches, mientras los bichos dormían tranquilamente, un ser oscuro y alado rondaba y hacía cosas malvadas, terribles.

Algunos decían que todo era un invento de los sapos pequeños, que como todos los chicos tienen mucha imaginación. ¡Miren si en el arroyo va a haber de esas cosas que ellos juraban haber visto cuando la luna brillaba enorme y redonda como una pelota de plata!

9

Aunque los sapos grandes eran los que más se quejaban, no se trataba de algo que solo los sapos chicos habían visto. Una noche, cuando la rana vieja no podía dormir porque su marido tenía gases, ella también lo vio. Al otro día le juró y le rejuró a las vecinas que la cosa aquella tenía alas, orejas largas y unos dientes larguísimos y muy afilados. Ella vio también que la cosa había querido morder a un perrito que andaba bobeando por el bosque. El perrito había salido corriendo y aullando como loco, si es que los locos corren y aúllan a la vez.

Al otro día la rana vieja decidió convocar a una reunión y al rato un montón de bichos salieron de sus cuevas. Todos decían que la vieja estaba

chiflada, pero ellos respetaban a sus mayores y decidieron escucharla para que no se sintiera mal.

—Les juro que hay algo, yo lo vi —dijo la rana cuando todos estuvieron reunidos.

—¡Esas son columnas! —dijo un sapo gordo y de lentes que se las daba de sabelotodo.

—¡Calumnias! —lo corrigieron los demás.

10 —Bueno, lo que sea, quiero decir que son mentiras —se defendió el gordo.

Pero la rana insistía y como era muy buena para hablar, terminó por convencerlos a todos de que, efectivamente, había un malvado rondando en las noches de luna llena.

—¿Qué podemos hacer? —se preguntaban los bichos.

Lentamente, al principio apenas como un rumor, un nombre empezó a salir de las bocas, o trompas o picos: Ruperto. Sí, el famoso detective, el número uno del ranking de sapos héroes, el más valiente, el más... el más... bueno, los bichos se quedaron rápidamente sin adjetivos.

Claro que había un problema: hacía mucho tiempo que Ruperto había resuelto su último caso. Algunos comentaban que se había vuelto demasiado vago, algo que no le costaba demasiado. Otros afirmaban que a Ruperto ya no le interesaban las aventuras y que estaba todo el día echado,

comiendo moscas y eructando como... como... ¡como un chanco! Por supuesto.

La rana vieja insistió e insistió e insistió, porque era una rana insistente, y al final resolvieron enviar una delegación de sapos a dialogar con el detective. Y es cuando volvemos al comienzo de esta historia, justo a la parte en que Ruperto dormía como un... bueno, ya saben.

En su cueva, cuando sonaron los primeros golpes, Ruperto creyó que estaba soñando. “¡Basta, no aplaudan más, realmente no hace falta!”, decía dormido y soñaba con que era un héroe frente a una multitud de bichos. Los sapos siguieron golpeando la puerta de la cueva, sin tener suerte.

—¡Levantate, sapo aterrador! —gritó con su voz ronca el sapo gordo.

—¡Atorrante, se dice atorrante! —le corrigieron los otros.

Y tuvieron una idea genial:

—¡Comida, comida gratis para todos! —gritaron.

De pronto se escuchó un sonido como de cosas que caían y se rompían y poco después la puerta se abrió. Allí, con su gabardina amarilla, su sombrero torcido y una sonrisa ancha, estaba él, el capo, el número diez de los sapos investigadores.

—¿Alguien dijo comida? —preguntó con los ojos llenos de arañas.

—¡Lagañas, se dice lagañas! —corrigieron los sapos.

12 Hubo dos cosas que impresionaron a Ruperto: la primera, que no hubiese comida; la segunda, que no hubiese comida. Así que los sapos tuvieron que impresionarlo con una tercera cosa: el ser misterioso que atacaba por las noches y al que solo los sapos chicos y la rana vieja habían visto.

A Ruperto ya no le importó nada más, ni la comida, ni que su barriga hiciera esos ruiditos raros. Aquello sonaba interesante y hacía mucho, demasiado tiempo que no tenía una aventura de verdad. ¡Ya era hora de que todos vieran de qué estaba hecho!, además de tripas y otras cosas asquerosas.

—Acepto el caso —dijo Ruperto con frialdad para impresionar a los otros con su valentía.

Como señal de agradecimiento, le pagaron ocho moscas de adelanto y volvieron al charco para contarle a todos que Ruperto, el héroe, el detective más audaz del arroyo, había regresado al trabajo.